

La historia detrás de la Máscara Gas

Santiago Eximeno

La génesis de *Gas Mask* fue, como la de todas las pequeñas locuras, una casualidad. Estábamos en 2009, y yo había sido mordido por el virus de la ficción mínima años antes. Como lector el microrrelato era y es un género literario que me fascina. Como autor en ese lejano 2009 había logrado crear algunas miniaturas relevantes —al menos desde mi punto de vista creativo—, que habían sido publicadas en algunas antologías y revistas y que me animaban a preparar mi primer gran libro de pequeñas brevedades. Llevaba tiempo dando vueltas a la idea de lo breve y lo minimalista en mi obra, y entraba en ese momento de mi vida creativa en la que me apetecía reducir todo al mínimo. Sintetizar. Convertir cada obra en un canto a la elipsis. Mucha culpa de ello la tenía mi primera hija, que había nacido en 2007 y devoraba sin reparos todo mi tiempo. Mis necesidades habían cambiado. Ya no necesitaba tantas cosas, ya no necesitaba tanto espacio, y de alguna forma eso se reflejaba en mis textos. Y pensé que sería interesante plantear un libro desde cero, no recoger los microrrelatos previamente publicados, sino comenzar un libro que, de alguna forma, ofreciera un conjunto de textos cohesionados, unidos por un vínculo común. Pensé en trabajar sobre un mismo género, o con una misma voz, pero no parecía el camino más adecuado.

Y entonces llegó Twitter a mi vida.

Era una red social. Y una herramienta. Pero también era algo más. Concentraba en ciento cuarenta caracteres el espíritu de la comunicación, y sentí nada más acceder a ella que tenía el potencial creativo para forzarme a escribir lo mínimo, lo esencial. Escribí el primer microrrelato en Twitter y la sensación fue adictiva. Mucho. Otros autores se animaron a hacer lo mismo, y de pronto formábamos un grupo. Literatura de lo mínimo en redes sociales. Apenas un puñado de palabras para explorar sensaciones, miedos. Era un reto. Nada de ficciones mínimas de cuatrocientas palabras, aquí había que trabajar con menos de veinte. Allí estaba el espíritu del haiku, pero también el juego, la locura, la improvisación.

Me dejé llevar. Y al cabo de un año aquello crecía y crecía sin parar, y sentía que había una relación —tenue, quizá solo percibida por mí como creador— entre todas aquellas pequeñas piezas, una relación forzada por la herramienta escogida para plantearlas pero que se revelaba como propia, personal. La decisión consciente de reducir la esencia del relato al mínimo, de transmitir una idea, de provocar un sentimiento en el lector con el mínimo número de palabras posibles. Continué trabajando en ello durante dos años más antes de considerar que el libro tenía la suficiente validez como para ser publicado. Y al final no quise omitir su origen, de ahí el subtítulo: *ficción mínima en 140 caracteres*. Un millar de ficciones para ser leídas en cualquier orden, en cualquier momento. Sin prisa. Sin brújula. Un millar de suspiros efímeros para un millar de momentos de pausa.

Han pasado diez años y todavía considero que el libro es valioso. Tiene sus aciertos, tiene sus fallos. Tiene todo lo que en ese momento quería: locura, juego, improvisación.

Quizá sea hora de volver a embarcarme en un proyecto similar.